

Carta inédita de Dostoievsky, acerca de la tentación del diablo

San Petesburgo, 7 de junio de 1876.

A W. A. Alexeiev.

Le ruego me excuse el no contestar hasta hoy su carta del 3 de junio. Es que he sufrido una terrible crisis de epilepsia que me ha abatido completamente.

Me plantea Vd. una cuestión muy embarazosa, en el sentido, sobre todo, de que pide una larga respuesta. Sin embargo, el problema en sí mismo es perfectamente simple y claro. La **tentación del diablo** comporta tres temas que considero como los más colosales que la humanidad haya conocido jamás. Son los del pan, del milagro y del poder. Aunque hayan transecurrido más de dieciocho siglos desde el nacimiento de Jesucristo, estas cuestiones siguen estando siempre a la orden del día: son cada vez más complejas y cada vez más insondables para el género humano.

Piedras y panes no significa otra cosa que el problema social de nuestros días. No se trata de una profesía, pues este problema ha existido siempre.

“En lugar de ir a casa de los pobres, a quienes el hambre y las privaciones incesantes hacen que se semejen más bien a las bestias que a los hombres, en lugar de predicarles la abstinencia de los pecados, la humildad y la castidad, — ¿no valdría más comenzar por darles de comer? Esto sería más humano, sin duda. Ciertamente, hubo predicadores antes de Tú, pero con la diferencia, sin embargo, que Tú, tú eres el Hijo de Dios que el mundo ha esperado con impaciencia. Como Tú nos eres superior en todo respecto y como nos sobrepasas en espíritu y en justicia, dáles de comer. Oh Señor, **asegura** y acuerda a todos una constitución social tal que puedan siempre tener pan y gozar de los beneficios

del orden, y no es sino entonces cuando podrás hacerlos responsables de sus actos y tratarlos como ingratos en el caso en que violasen la ley divina. Si pecan ahora contra los mandamientos de Dios, es que tienen hambre, y sería injusto inculparles de esto. Tú que eres el Hijo de Dios, Tú, oh Señor, a quien nada es imposible, ves esas piedras que están delante de Tí, ves cuán numerosas son. Tú no tienen más que decir una palabra para que las piedras se transformen en panes.

“Ordena, pues, que la tierra produzca en el porvenir sin dificultad ni obstáculos, acuerda al hombre una ciencia suprema gracias a la cual su existencia estará en lo sucesivo asegurada de una vez por todas. ¿Es posible que puedas Tú ignorar que los más grandes azotes y las más grandes faltas de la humanidad son siempre provocados por el hambre, el frío, la miseria y la lucha por la existencia, reducida ésta a su más simple expresión”?

He aquí la primera cuestión que el Espíritu maligno ha planteado al Cristo. No debe Vd. dejar de reconocer que es muy difícil resolverla. El **socialismo** actual en Europa — y sobre todo entre nosotros — tiene por solo objeto separar al Cristo y se preocupa en primerísimo lugar del **pan cotidiano**. Hace un llamado a la ciencia, rogándola que venga a ayudarnos, y afirma con ostentación que la sola causa de todas las miserias humanas reside en la **pobreza**, en la lucha forzada por la existencia; dicho de otra manera, en las condiciones generales por demás anormales que comprobamos todos y a cada paso.

Por toda respuesta, el Cristo ha declarado: “Por sí solo, el pan no podría hacer vivir al hombre”; dicho de otro modo, ha enunciado el axioma del origen profundamente espiritual del género humano. Si la idea del diablo correspondía a la concepción del hombre-**animal**, el Cristo, por su parte, sabía que por sí solo el pan no podría justificar la razón de nuestra existencia sobre esta tierra. En el caso en que no hubiera vida espiritual, ideal de Belleza, el hombre se fastidiaría, perdería el espíritu, moriría de pena, se suicidaría o se libraría a fantasías y a libertinajes paganos. Y como el Cristo llevaba en sí y en su Palabra Divina el ideal de Belleza, decidió imponer, implantar éste en nuestra alma. Poseyéndolo en lo más profundo de nuestra conciencia, teniendo

amor por nuestro prójimo, trabajando con inteligencia los unos para los otros, debemos forzosa y naturalmente ser ricos. Sin embargo, si no se diese a las gentes más que el pan, éstas, a fuerza de fastidio, se volverían entre sí enemigos jurados, irreconciliables...

Pero he aquí que otra cuestión se plantea por sí misma: y si se diese al hombre el Pan y la Belleza a la vez, ¿qué ocurriría? En este caso, aquél estaría ciertamente privado de **trabajo, de individualidad, de sentimiento del sacrificio de su bien en nombre de su prójimo**, en resumen, se le quitaría para siempre el sentido de la vida, el ideal de la vida, la vida misma. Y es por esto por lo que valía más el preconizar el ideal espiritual.

A propósito, acuérdesse Vd. de la tésis reciente de Darwin y de otros tantos sabios, tesis que profesa que el hombre desciende del mono. Sin querer entrar en teorías inútiles en la ocasión, el Cristo ha declarado directamente que, aparte un mundo animal, el hombre posee también un mundo espiritual. Y bien, cualquiera que sea nuestro origen físico, no es esto lo que debe preocuparnos. Lo esencial es que Dios haya animado con su soplo nuestro cuerpo material. (La pena es que el hombre, por sus pecados, es susceptible siempre de volver a caer al nivel de la bestia).

Vuestro servidor abnegado: **Th. Dostoievsky.**

P. S. — Pissareva, la joven de que Vd. me habla en su carta, ha estado siempre ligada estrechamente a la juventud moderna, es decir, a ese medio que nada tiene ya que ver con la religión y que no sueña más que con el socialismo, concepción en la que no reinaría más que pan y nada más que el pan, en que éste sería igualmente distribuido a todo el mundo y en que no habría propiedad privada. Considero que en la espera de la nueva constitución de la sociedad sin responsabilidad individual, estos mismos socialistas, en resumen, aman terriblemente el dinero, lo estiman, a menudo, fuera de medida, y le atribuyen un valor que otros no le conocemos. No hay otro problema. (1)

(1) No se sabe nada del destinatario de esta carta. No alude a una obra conocida. Tal vez se trataría de un proyecto sometido a Dostoievsky y acerca del cual se explicaría con tan más gusto que la cuestión ésta constituye uno de los temas esenciales de su obra.

André Gide - Francois Mauriac

El R. P. Fernessole, doctor en Letras, catedrático de crítica literaria en el Instituto Católico de París, laureado por la Academia Francesa y Capellán mayor de la Legión de Honor, habló en el Salón de Grados de la Universidad los días 21 y 22 de septiembre de 1934, sobre André Gide y Francois Mauriac. Publicaremos en un próximo número las conferencias del R. P. He aquí el discurso de presentación del Reverendo Padre.

“El Reverendo Padre Fernessole, doctor en Letras, catedrático de crítica literaria en el Instituto Católico de París, laureado por la Academia Francesa y Capellán mayor de la Legión de Honor, respondiendo a una invitación particular de la Universidad de Córdoba, ha aceptado hablarnos de André Gide y de Francois Mauriac.

Gide - Mauriac: he aquí el diálogo, el drama de toda una generación, la que tiene alrededor de treinta años hoy. Ciertamente, al descender al fondo de nosotros mismos quizás encontraríamos que Peguy está más cerca de nosotros; pero el protestante Gide y el católico Mauriac, fascinados por la Carne y por el Conocimiento, son las dos influencias que se han dividido nuestra alma adolescente, y el problema sigue en nosotros tal cual lo han planteado. Después de la guerra, hemos visto el desborde de las pasiones, hemos asistido a demasiadas inauguraciones de monumentos a los muertos, los héroes nos han parecido asaz vulgares reintegrados a la vida nacional. Gide nos ha salvado del asco, y Mauriac nos ha inquietado. Algo nos vincula con ellos desde entonces. Gide nos descubrió que la experiencia puede no ser agobiadora; Mauriac, que el cristiano vivo intensamente. Gide nos enseñó la riqueza del instante. Mauriac nos enseñó la riqueza del don de sí. Pero Gide y Mauriac nos han decepcionado. Gide pien-

sa difícilmente, pero no renuncia a cualquiera de las facilidades inferiores; Mauriac es en demasía "propriétaire de vignobles". Y mientras tanto, ¡cuántos de nosotros esperamos una contestación! Y por eso, precisamente, nos encontramos más cerca de Peguy y de la generación de antes de la guerra. Es que nuestra situación se asemeja a la de esta. Sabemos que la solución se acerca. Será en la madrugada, en ocasión de un asalto, una bala, una bayoneta, un obús — en la madrugada o en cualquier momento del día o de la noche — será cuando descubriremos el enigma de la vida y de la muerte. Cual Péguy, menos entusiastas, decepcionados ya, pues sabemos que "la guerra que había sido anunciada a los pueblos con la promesa de una regeneración universal, en su decurso y en su final faltó completamente a esta promesa" (Croce — Historia de Europa en el siglo XIX — p. 359) pero no menos precisos en nuestra voluntad, conocemos que nuestra vida no será larga:

Heureux ceux qui son morts dans una juste guerre!
 Heureux les épis mûrs et les blés moissonnés!
 Couchés dessus le sol à la face de Dieu!

La fe para los unos, la guerra para todos, he aquí las conclusiones que tenemos al diálogo, que no deja de proseguirse en nosotros, entre Gide y Mauriac. Con estas dos conferencias del R. P. Fernessole comprenderéis mejor ciertos aspectos del alma francesa contemporánea. Gide y Mauriac son para algunos de nosotros lo que fueron Maurice Barrès y Anatole France para nuestros padres".

E. GOUIRAN.